

Apuntes para el estudio de la naturaleza del mal

Escenarios mexicanos de una experiencia devastadora

*Carlos Pérez Zavala**

Resumen

En este artículo se hace una reflexión sobre el mal tomando en cuenta diversos ángulos de lectura desde la mirada de algunos historiadores, filósofos y psicólogos. Partimos de un análisis de la situación por la que atraviesa nuestro país en estos momentos a manera de escenario propicio para pensar en estos problemas. Estamos inmersos en un contexto social, político, económico y moral que nos interpela y nos abruma y ello nos apremia para tomar una postura frente a los altos niveles de violencia e inseguridad que vivimos en México en las últimas décadas. El objetivo es promover una reflexión colectiva que nos ayude a encontrar algunas salidas a este laberinto de infortunios.

Palabras clave: naturaleza del mal, mal radical, banalidad del mal, responsabilidad social.

Abstract

In this article we will try to make a point, a reflection on the evil considering different reading angles on these issues from the perspective of some historians, philosophers and psychologists. We start with an analysis of the situation that our country is facing right now by way of scenario for thinking about these problems. We are immersed in a social, political, economic and moral context that challenges us and overwhelms us and it urges us to take a stand against the high levels of violence and insecurity have been living in our country in recent decades. Ultimately, the meaning of these reflections

* Profesor-investigador, Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

is to promote collective reflection to help us find some solutions to this maze of misfortune.

Key words: nature of evil, radical evil, banality of evil, social responsibility.

Conocernos es saber que ante el mal no podemos ni permanecer indiferentes ni aceptar nuestra impotencia, porque nos hacemos cómplices de él, sino unirnos a quienes resisten desde la dignidad de lo humano.

JAVIER SICILIA

Introducción

Una de las preguntas más antiguas que han acompañado las reflexiones sobre la naturaleza humana tiene que ver con el origen y naturaleza del mal. Una y otra vez en prácticamente todas las religiones, filosofías y narrativas de las sociedades a lo largo de la historia encontramos inevitablemente preguntas sobre estos temas. El cúmulo de posturas, lecturas y propuestas es tan vasto que es prácticamente imposible acotar un asunto tan amplio. Lo que me propongo abordar en este artículo tiene que ver con una reflexión personal que surge de la necesidad de tratar de entender que ha pasado en la sociedad mexicana en los últimos años. Creo que poner en la mesa de trabajo los temas de la violencia, la inseguridad, la impunidad y la corrupción del sistema político en nuestro país puede ser un punto de partida para entender, aunque sólo sea parcialmente, la naturaleza del mal presente en nuestra realidad actual.

Ciertamente no se puede pensar en la naturaleza del mal sin la reflexión histórica y filosófica que acompaña el pensamiento humano desde tiempos inmemoriales, por ello considero necesario referirme a algunos filósofos, historiadores y psicólogos que han pensado sobre estas cuestiones y han hecho importantes aportes en este sentido.

Aun cuando sabemos que muchos autores tendrían que ser considerados en una breve historia sobre el tema del mal (Agustín, Tomás de Aquino, Hobbes, Maquiavelo, Schopenhauer, Sade y muchos más) tomaremos arbitrariamente—en la segunda parte de este artículo— a Immanuel Kant como nuestro punto de partida, toda vez que es él quien plantea una propuesta original y relevante sobre el tema del mal al postular la noción del “mal radical” y por tanto una filosofía moral que seguimos discutiendo aún a principios de siglo XXI (Kant, 1972). Este importante filósofo dejó planteadas varias cuestiones sobre la existencia del mal y sus diferentes tipos, que serán retomadas por varios pensadores como Hegel, Nietzsche, Freud y más recientemente por Levinas y Arendt.

En un excelente trabajo acerca de una indagación filosófica sobre el mal radical, Richard Bernstein (2006) ha plasmado el recuento de las reflexiones sobre este tema por parte de los autores antes citados; de hecho, él mismo nos conmina a emprender la ardua tarea de actualizar nuestras reflexiones sobre el mal desde nuestro presente y contexto histórico.

A manera de una primera propuesta que nos permita ir más allá de depositar en ciertos actores, situaciones y poderes el origen de los males que padecemos, hay que pensar en la necesidad de incorporar una mirada crítica sobre el papel de la responsabilidad social que a cada uno de nosotros corresponde ante estos ominosos escenarios.

Aun cuando no es la primera vez que reconocemos que estamos en medio de una catástrofe social, política y económica, en esta ocasión el escenario es más desafortunado y confuso. Hoy asistimos a una era de oscuridad que conjuga múltiples variables. Observamos con preocupación que nuestros gobernantes han asumido el modelo del neoliberalismo al pie de la letra y con ello han clausurado el planteamiento de alternativas viables que pudieran generar mejores condiciones políticas y económicas que permitieran sustentar un proyecto de nación soberano y autónomo. Lo que vemos es que los gobernantes nos han llevado en una espiral que nos ha colocado en el grave peligro de convertirnos en un apéndice de intereses transnacionales y voracidades neoliberales y con ello dejar de ser una nación independiente. Otro aspecto más grave se relaciona con las erráticas políticas

para enfrentar el crimen organizado, lo que ha provocado en las últimas décadas el auge del narcotráfico y un clima de violencia e inseguridad que nos ha colocado en un proceso de descomposición, de anomia y desfundamiento de valores humanos y destrucción de los vínculos que sustentan a las instituciones de la sociedad.

El diario *The World Post*, periódico en línea de *The Huffington Post* y Berggruen Institute, nos reporta algunas de las cifras para entender la violencia en México, mismas que nos pueden ayudar a construir los parámetros del escenario que vivimos en este país.

[...] 85 mil personas han muerto desde que el gobierno del ex presidente Felipe Calderón lanzó su guerra contra los cárteles de la droga [...] 8 mil personas reportadas o desaparecidas desde el inicio de la administración de Peña Nieto de finales de 2012 hasta mayo de 2014 [...] 22 732 homicidios reportados en el país en 2013, según el Instituto Nacional de Estadística de México (INEGI)¹ [...] 10.7 millones es el número estimado de hogares (de acuerdo con InSight Crime) de los cuales al menos un miembro fue víctima de un delito en 2013, según una encuesta realizada a principios de este año por la Agencia Nacional de Estadísticas de México. El número es equivalente a casi 40% de los hogares mexicanos² [...] 120 mil personas han sido víctimas del secuestro en 2013, pero sólo 1 698 casos han sido registrados (el número de secuestros aumentó cada año desde que Calderón lanzó su ofensiva contra los cárteles) [...] El número de mujeres asesinadas en México en 2012 alcanzó la cifra de 2 764 (Reuters señala que el número aumentó 155% entre 2007 y 2012 por todo el país. Y en el noreste de México, la tasa aumentó 500% entre 2001 y 2010) (*The World Post*, 2015).

¹ El Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) reporta que la causa principal de las muertes fue por armas de fuego, seguida por cuchillos y estrangulamiento. Sin embargo, el grupo de investigación InSight Crime señala que las estadísticas no incluyen cuerpos que nunca fueron encontrados.

² Además, InSight Crime señala que los números de la encuesta son mucho más altos que las estadísticas de delincuencia oficiales de México, lo que sugiere que un gran número de delitos simplemente no ha sido declarado. De acuerdo con los datos del grupo, 90% de los crímenes cometidos en 2013 nunca fue reportado.

El referente inexorable para proponer la premisa de la descomposición social y moral de la sociedad mexicana es que asistimos a un escenario en el que está en juego la vida misma. Muerte, violencia, impunidad y corrupción circundan nuestro presente y amenazan por igual a todos los ciudadanos de este país. El desamparo de millones de mexicanos se expresa sobre todo en las condiciones de vulnerabilidad que acentúan el grave peligro ante el clima de inseguridad provocado por la violencia que acompaña este inicio de siglo en México.

En este clima, donde podemos decir que estamos en medio del reino del mal, ya no es suficiente hacer denuncias y exigir respuestas a las autoridades responsables sobre lo que nos sucede, hay que conducir la reflexión a un plano más amplio y pensar acerca de nuestra condición de ser al mismo tiempo víctimas y rehenes de una situación que nos rebasa y que difícilmente comprendemos en todas sus dimensiones.

Mientras tanto, todos los días se acumulan, una tras otra, lamentables noticias sobre el costo social y humano que este clima de violencia ha desencadenado; pero al parecer todavía no nos percatamos de la gravedad de nuestra situación, a pesar de que existen múltiples estudios, reportajes, artículos periodísticos y videos, grabaciones, testimonios de víctimas que inundan las páginas de las publicaciones y diarios que dan cuenta de las cifras de esta tragedia.

Si hacemos un recuento de lo que nos ocurre hay que decir que el mal, de una u otra manera, está presente en todas las áreas de la vida, del trabajo, de las relaciones sociales, de las instituciones que se supone son las encargadas de combatirlo y eso nos lleva a preguntarnos: ¿quiénes son los responsables de esta situación?

Si sólo nos circunscribimos a señalar a los autores materiales en nuestro diagnóstico nos quedamos a mitad del camino. Hay que incluir en esta larga lista a los autores intelectuales y morales de esta catástrofe, pero también hay que hablar de todos los involucrados y eso incluye a las autoridades civiles y militares, policías municipales, estatales y federales, altos funcionarios, empresarios, y no pocos legisladores y autoridades de todos los niveles.

De acuerdo con algunos analistas políticos de la realidad mexicana de nuestro tiempo (Meyer, 2013; Dresser, 2011; Aguayo, 2015), los orígenes de esta tragedia se incubaron y florecieron a partir del

propio sistema político y en el proyecto económico vigente desde hace varias décadas. En este periodo, que inicia en 1980, se ha fraguado la descomposición del aparato político y de los sistemas de gobierno en nuestro país, tal vez sería conveniente recordar que la mayoría de los problemas que hoy nos aquejan ya estaban presentes en esos años aunque no habían alcanzado el nivel de gravedad y visibilidad que tienen en la actualidad.

El resultado es devastador y aciago. Un escenario en el que autoridades, instituciones, medios de comunicación, cárteles del narcotráfico y delincuentes han propiciado un “hoyo negro” en el tema del respeto por los derechos humanos y han contribuido a acrecentar el ascenso de la impunidad, la corrupción y todo lo que esto conlleva.³ Son ellos en primera instancia los responsables de que estemos viviendo en esta deplorable situación.

A semejanza de lo que ha ocurrido con otras experiencias históricas, el primer peldaño que marca esta ruta de la infamia es impedir a los ciudadanos el derecho a tener derechos. Esta acción se lleva a cabo bajo la simulación de que vivimos en un sistema democrático en el que supuestamente se toman en cuenta los derechos de todos.

Sin lugar a duda hay que reconocer que padecemos un sistema autoritario que se expresa en las acciones de varios actores que ejercen su poder sobre los ciudadanos de diversas maneras. Desde la abierta represión a las expresiones de descontento, malestar o resistencia, hasta la invasión de los espacios de la subjetividad social en donde se nos hace creer que estamos viviendo el mejor de los mundos posibles. En lo que se refiere a las acciones de abierta represión hacia los movimientos sociales, que inician prácticamente el día que toma posesión del actual titular del Ejecutivo, hay que señalar una clara tendencia hacia la restauración de un autoritarismo que se expresa en el endurecimiento de los mecanismos de control de amplios sectores sociales mediante

³ En el contexto del incremento de casi todos los delitos del fuero común en México, 93.8% de los perpetrados durante el primer año de gobierno de Enrique Peña Nieto quedaron impunes porque no hubo denuncia o no se inició averiguación previa, estima la *Encuesta nacional de victimización y percepción sobre seguridad pública* (Envipe, 2014) (*La Jornada*, 13 de septiembre de 2014).

el ejercicio de la represión y criminalización de cualquier expresión de descontento o de resistencia (Meyer, 2013). La proliferación de acciones policiacas y militares en contra del crimen organizado a partir de 2006 ha significado también una guerra en contra de la población civil (Buscaglia, 2013).

En lo tocante a los mecanismos de producción de narrativas, versiones, discursos de una supuesta legalidad institucional del gobierno hemos observado que a pesar de que cada vez les resulta más difícil promover una imagen de estabilidad y gobernabilidad no dejan de bombardear a la sociedad con mensajes a modo. Aquí, los medios de comunicación tienen un papel central, ya que se encargan de instalar un simulacro de realidad cotidianamente en el que se nos hace creer que eso que está pasando no está pasando y eso que estamos sintiendo no lo estamos sintiendo. Una disociación que promueve una especie de psicosis inducida y cotidianamente administrada para llevar a cabo el control de las conciencias y la producción de una realidad ilusoria que pretende suplantar a la verdadera realidad.

En otras palabras, los excesos en cuanto a las acciones de violencia y las descomunales acciones del ejército y del Estado para generar terror tales como ejecución extrajudicial de 22 jóvenes en Tlatlaya y la desaparición forzada de 43 estudiantes en Iguala han colocado sus pretensiones de legitimidad en serio cuestionamiento. Estos acontecimientos no sólo han erosionado la posición de las autoridades gubernamentales y del ejército mexicano, sino que también han tenido un gran impacto político internacional, y diversos organismos de la sociedad civil y defensores de derechos humanos han manifestado su preocupación e indignación ante estos hechos. Esto nos hace constatar que estamos viviendo bajo un sistema de terror que quiere aparecer como un Estado democrático y que postula la simulación como estandarte de un nuevo modelo de control y manipulación.

La naturaleza del mal

Antes de iniciar una propuesta de discusión sobre la naturaleza del mal, debemos recordar que estamos ante una tarea sumamente compleja,

ya que hablamos de un aspecto que ha estado presente en la historia de la humanidad y que por tanto podríamos considerar como un proceso continuo y sin final. Esta cualidad lo hace al mismo tiempo un asunto que no es posible abarcar y comprender en su totalidad. En todo caso podemos decir que las reflexiones sobre la naturaleza humana y por ello sobre la naturaleza del mal, desde siempre serán inacabadas. Tanto Arendt (2007:51) como Bernstein (2006:333) plantean que no es posible pensar en construir una teoría del mal y mucho menos asumir que es algo que puede ser acotado a una definición completa.

Los autores que hemos consultado para elaborar este trabajo (Kant, Hegel, Nietzsche, Freud, Arendt, Safransky, Sichére, entre otros) reportan sucesos históricos que pueden considerarse como calamidades y tragedias producidas por el hombre que desbordan nuestra capacidad para comprenderlos y darles sentido. Masacres, genocidios, totalitarismos, sujeción y dominio de poblaciones enteras, además de las expresiones de maldad y crueldad insospechadas han estado presentes desde épocas remotas.

Sin embargo, es relevante pensar junto con ellos en las consecuencias de los acontecimientos que les tocó vivir y que les provocaron profundas reflexiones que han marcado nuestras consideraciones sobre los límites de la naturaleza humana.

Con todo, podríamos decir que es el siglo XX un periodo significativo para pensar desde nuestros tiempos los nuevos rostros del mal y de sus múltiples expresiones presentes en los Estados modernos. Las conflagraciones mundiales, particularmente la generación de una maquinaria de exterminio y de fabricación de cadáveres que tuvo lugar en la Alemania nazi, son hechos históricos inevitables para pensar el rostro del mal en nuestros días. Si agregamos a esta lista los acontecimientos trágicos que sucedieron en Ruanda, en Cambodia, en Sudán y en Bosnia, contamos con otros referentes para reconfigurar nuestras aseveraciones sobre la naturaleza del mal.

En el análisis que nos propone Bernstein existen claves que nos permiten dibujar un proceso histórico en el que los autores elegidos, para llevar cabo una indagación filosófica sobre el mal, hacen intentos de explorar y reflexionar sobre el sentido o sinsentido de la presencia del mal en la historia de la humanidad. Sabedores, en última instancia,

de que “el mal es un exceso que se resiste a la comprensión total” (Bernstein, 2006:336) hicieron, sin embargo, importantes aportes para pensar acerca de la trascendencia de este tema.

Kant inaugura y abre varias preguntas que aún nos seguimos haciendo en nuestros días. ¿El origen del mal radica en nuestras propias inclinaciones, en nuestra voluntad personal, o es el producto de las influencias sociales y reglas culturales que nos llevan a asumir este tipo de acciones?, ¿es el hombre el que se aferra a buenas o malas máximas que condicionan su comportamiento?, ¿es la voluntad humana víctima de la corrupción que condiciona que surjan este tipo de conductas?

Si intentamos hacer una síntesis de lo que Kant entendía por “mal radical”, hay que decir que no se refería a un mal de tipo extremo sino a una serie de condiciones que llevan a la corrupción de la voluntad. El mal radical en este autor se refiere a no hacer lo que el deber manda, a no obedecer la ley moral.

Al mismo tiempo señala que, si bien los seres humanos no poseen una predisposición a volverse moralmente buenos, sólo llegarán a serlo si eligen libremente actuar de acuerdo con un imperativo categórico que se resume como la acción de actuar en sintonía con una propuesta moral de carácter amplio, universal con miras a convertirse en un ejemplo para nuestros semejantes (Kant, 2002:157).

Lo que sucede en la era moderna, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo pasado, nos ha hecho pensar en lo impensable y la descomunal expresión del mal, tal y como sucedió en los campos de concentración alemanes. Hannah Arendt (2007:214) retoma el término a partir de hacer un balance sobre los saldos de esta debacle y desde ahí postula una nueva lectura de lo que es el mal radical, definiéndolo escuetamente como la acción de hacer superfluos a los seres humanos en tanto tales.

Richard Bernstein analiza la posición de Arendt de la siguiente manera:

Esto queda claro durante su análisis de la lógica de dominación total, donde distingue tres etapas analíticas: la matanza de la persona jurídica, la de la persona moral y, por último, el intento de eliminar todo rastro de espontaneidad, impredecibilidad, pluralidad e individualidad humanas:

la tortura, la humillación, las masacres, los pogroms, las orgías sádicas e incluso el genocidio tienen una larga historia. Arendt señala algo sin precedentes: el intento sistemático de transformar a los seres humanos de modo que ya no exhiban las características peculiares de la vida humana (2006:341).

Hannah Arendt también propone que a la existencia de un mal radical debe yuxtaponerse la idea de un mal banal. Es decir, hombres comunes y corrientes pueden ser capaces de cometer atrocidades y masacres sin considerar las consecuencias de su comportamiento a partir de que carecen de pensamiento crítico y no asumen su responsabilidad. En la mayoría de los casos estos agentes materiales del mal justifican su conducta por la motivación de desempeñar eficazmente sus tareas para ascender en la escala social, para cumplir con mandatos exteriores a ellos y todo esto con una ausencia de juicio y valoración sobre sus actos.

Esta afirmación surge de la reflexión que Arendt (2012) emprende a partir de tratar de entender el comportamiento de Adolf Eichmann, quien a pesar de que era uno de los responsables del exterminio cotidiano de cientos de miles de presos en los campos de concentración, no mostró ninguna afección ni culpa durante el juicio al que fue sometido en Israel. Ese comportamiento tan “normal” y sin afecciones notorias que tuvo lugar en ese proceso en el que fue condenado a muerte por los jueces, alertó una reflexión en la autora que le hizo pensar en la idea de la “banalidad del mal”. Este concepto generó una polémica que todavía permanece activa a pesar de que ella trató de explicar que no estaba justificando o minimizando la responsabilidad de este asesino sino que era necesario distinguir entre las motivaciones del Tercer Reich y de su séquito de generales que daban las órdenes y que sí estaban conscientes del sentido de sus actos y los burócratas del exterminio que carecían de un pensamiento crítico y tal vez de intenciones malignas en estricto sentido.

Esta reflexión sobre la banalidad del mal cobra una gran significación para nuestro contexto y momento histórico, ya que nos permite pensar que en muchas ocasiones los dirigentes políticos, líderes de las burocracias y personajes ligados al poder en los Estados

modernos llevan a cabo actos descomunales de maldad, de los cuales aparentemente no son conscientes y se muestran –o tratan de mostrarse ante los demás– como personas respetables.

Bernstein lo ilustra con estas palabras:

En nuestro pensamiento moral ordinario, así como en la tradición filosófica, ha habido siempre una arraigada creencia de que aquellos que cometen malas acciones deben tener malos motivos. Esa es la creencia que Arendt critica. Individuos que no son ni monstruos, ni pervertidos ni sádicos, ni fanáticos, individuos movidos por poco más que una ambición, el deseo de complacer a sus jefes y ascender en sus carreras, pueden –en circunstancias totalitarias– cometer los hechos más horribles [...] Lo aterrador de las condiciones burocráticas de la modernidad es que éstas incrementan el potencial de este tipo de mal. Y así como Arendt afirma que el mal radical sigue siendo una posibilidad activa aún después de la desaparición de los regímenes totalitarios, lo mismo vale para la banalidad del mal (2006:343).

Podríamos decir que ya se trate del mal radical o del mal banal, tenemos que aceptar que existen muchas coincidencias de que ambos se resisten a todo intento de justificación. Es decir, no hay explicación que alcance para darle sentido a la crueldad y la maldad por más que para algunos de los perpetradores se haga en nombre de una ideología o de un valor que para ellos es incuestionable. Nada justifica la acción de provocar el sufrimiento humano deliberadamente, aun cuando los motivos aducidos para ello linden con supuestos valores superiores.

Es irresponsable creer que se pueden justificar actos del mal que nos desbordan desde cualquier punto de vista. En este sentido, tanto Nietzsche como Freud señalaron que el verdadero fin de una teodicea (cualquiera que ésta sea) es encontrar una justificación para el sufrimiento intolerable. A manera de respuesta a la posición de Hegel, quien todavía postulaba la posibilidad de un proceso dialéctico que va de la finitud al infinito verdadero, pasando por lo infinito espurio y que en otras palabras se refería a que el mal es un momento necesario de la realización de espíritu, Nietzsche desnudó el sentido de lo que todavía podría ser un intento hegeliano tardío de justificar la teodicea. Es él

quien nos proporciona, junto con Freud, una propuesta alternativa para pensar el origen del mal.

Una vez más acudimos a Bernstein, quien señala:

La crítica nietzscheana de la moral se basa en definitiva en lo que él consideraba la destructividad maligna del resentimiento, algo según él, subyacente en nuestra moral contemporánea. En su explicación de cómo se origina el resentimiento hasta que llega a supurar, nos advierte sobre el lado oscuro y los peligros de la modernidad (2006:340).

Por otro lado, Freud cuestionaba ese tipo de interpretación dialéctica de la renuncia instintual, así como la internalización que da lugar a la conciencia. Para Freud el malestar en la cultura se relaciona con la permanencia de la ambivalencia como un rasgo inexorable de la vida psíquica de los hombres.

A partir de su teoría de los instintos nos advierte que en los hombres existen poderosas propensiones malignas y por ello no podemos creer que se puede dominar o controlar nuestra instintual capacidad destructiva. Es decir, no podemos pensar que se pueda erradicar el mal.

Como lo resume Bernstein:

Desde su perspectiva (psicoanalítica) no hay diferencias fundamentales en los así llamados hombres primitivos y los hombres civilizados contemporáneos. Más aún, creer que podemos superar o alterar esa ambivalencia es una ilusión. Las vicisitudes de nuestra dinámica psíquica (incluyendo la represión, la culpa y la conciencia) acontecen dentro de un rango muy limitado. La ética de la honestidad exige que aprendamos a vivir con eso (2006:233).

Desde estos dos grandes autores (Nietzsche y Freud) se ha construido una psicología moral del mal que seguimos discutiendo en nuestros días.

El libre albedrío en los orígenes del mal

En el Génesis del Antiguo Testamento ya existe una primera línea de partida que ha construido una narrativa sobre el origen del mal y que ha acompañado los imaginarios sociales de los millones y millones de herederos de una tradición judeocristiana a lo largo de la historia.

La expulsión del paraíso es la metáfora fundamental que en pocas palabras significa la desobediencia del hombre que se atreve a comer el fruto del árbol prohibido, a conocer por sí mismo y con ello ejercer un incipiente libre albedrío. Poner a prueba el ejercicio de la libertad conlleva la primera gran división de los reinos del bien y del mal. Si existe el bien, entonces debe haber una simetría con una vertiente que apunta en otro sentido.

Si ese dios cristiano es bueno por naturaleza, entonces el origen del mal debe atribuirse al hombre y si esto se desencadena a partir del ejercicio de una libertad de acción y reflexión, entonces se podría decir, siguiendo esta lógica, que el origen del mal aparece como parte de una naturaleza humana que asume y pone en práctica el libre albedrío.

Rüdiger Safransky lo resume en pocas palabras:

La historia del pecado original investiga la naturaleza del hombre y llega al resultado de que éste no está fijado a una naturaleza que actúe con necesidad. El hombre es libre, puede elegir y también puede elegirse equivocadamente. Crea su propio destino para sí mismo (2013: 31).

En otras palabras, es la voluntad del hombre de atreverse a pensar por sí mismo lo que lo ha condenado a sufrir las consecuencias de esta decisión. ¿Es el libre albedrío el origen del surgimiento del mal?

Para Kant (1972:46) es necesario separar estos preceptos de las ideas religiosas para plantear el asunto de que la filosofía moral no necesita en absoluto de la religión. La moral se gesta en la conciencia del hombre como agente libre, no requiere de la existencia de un ser supremo para que éste comprenda su deber. En la misma lógica, más recientemente, Hannah Arendt (2007) coincide con Kant y elabora una serie de reflexiones en las que se reconstruye una lectura de la moral no necesariamente relacionada con la religión. De esta manera

hay que desdoblar el mito de origen y asumir que es la voluntad de los hombres libres la que los hace abrazar máximas buenas o malas.

En estricto sentido, el bien y el mal nacen de la misma matriz que es el libre albedrío. Por ello, no se puede exorcizar el mal sin hacer lo mismo con el bien. La opción de la libertad de una persona que elige uno u otro camino y que sustenta su elección con acciones más que con ideologías, prefigura una propuesta de una moral en ciernes cuyo eje fundamental es la voluntad.

Pero a lo largo de la historia lo que observamos es que se ha querido negar la existencia del mal en el corazón humano, convirtiéndolo en una entidad que se expulsa de su centro de gravedad. Se ha pretendido ubicarlo como algo fuera del hombre, una representación, un cuerpo, una fuerza que nos acecha en cada esquina, que nos tienta a cometer pecados, que nos hace dudar de la existencia de dios, etcétera. Es común, por tanto, que al pensar en la figura del mal o de lo malo aparezcan imágenes de personajes siniestros, diabólicos, monstruosos, asesinos, que por lo general tienen rasgos físicos atemorizantes y gestos que nos provocan temor o incluso pánico.

Lo cierto es que la presencia de las figuras de lo maligno reproducen también los distintos momentos de la historia. La influencia inexorable de la cristiandad, de los símbolos y del logos de los primeros siglos acompaña de manera casi natural una imagen del mal que se deposita en algo que está afuera de los hombres. Las profecías, los testimonios de lo maligno siempre se acompañan de la presencia inevitable de lo satánico, de la inminencia de las tentaciones que los ángeles caídos, discípulos del diablo, imprimen sobre las vulnerabilidades de los hombres.

La propuesta ideológica o filosófica desde diversas religiones ha alimentado la necesidad de la existencia de estas figuras de lo maligno y por ello sobreviven como símbolos que acompañan a la humanidad desde tiempos remotos.

De acuerdo con Bernard Sichére:

La persistencia insistente de las figuras de lo demoníaco a lo largo de toda la Edad Media y hasta fines del Renacimiento es un hecho manifiesto, pero hay que interrogarse sobre este punto y preguntarse si esas figuras

son inmutables o si no tendrán una historia más compleja y contrastada de lo que parece a primera vista, y preguntarse asimismo sobre las relaciones orgánicas que dichas figuras guardan con el discurso oficial de la teología y con las motivaciones profundas de la fe (1997:123).

Sin embargo, en el Renacimiento se inicia una nueva narrativa sobre lo que representa el mal como un pasajero incómodo presente en las pulsiones y pecados que los hombres llevan consigo. Pero es hasta el siglo XVIII, con la Ilustración y con el surgimiento de una sociedad más centrada en los principios terrenales, cuando aparece una nueva lectura de la naturaleza del mal. El nuevo sujeto de la revolución, el ateo declarado y centrado en una sociedad que inaugura la era de la razón aparece como el depositario del mal. El mal existe en el corazón del hombre y por tanto —a la luz de las nuevas condiciones sociales— no se sostiene el sentido de una teodicea reparadora.

Históricamente podríamos hacer una lista interminable de personas y personajes considerados como figuras emblemáticas de la presencia del mal. Tiranos, dictadores, reyes, príncipes, sultanes, presidentes, gobernadores, políticos que en su paso por la historia dejaron la marca de un comportamiento que nos hace recordarlos como contraejemplos de las concepciones optimistas sobre las cualidades de la naturaleza humana.

¿Todos estos personajes que han protagonizado acciones que los caracterizan como seres malignos son producto de universos culturales que propiciaron su aparición?, ¿son seres que deliberadamente llevaron al extremo sus intenciones de realizar acciones malignas (que algunas veces implicaron el exterminio de miles o incluso millones de seres humanos) y con ello generaron imaginarios sociales en los que ellos personificaron el mal?

Por otra parte, las diferentes culturas de la humanidad se han caracterizado por materializar el mal en la figura de alguien externo, de “aquellos otros” que aglutinan las peores características de lo humano. Algo así como una imagen propiciatoria que permita adjudicarles las peores acciones e intenciones para, de esa manera, quedar librados de ser parte de una red de malos pensamientos, malas acciones y complicidades que se resisten a reconocer como propias y ante las

cuales expresan su malestar y su denuncia, señalando continuamente que el mal está allá afuera. El mal debe ser localizado en los otros, en los posibles sujetos que “son merecedores” de colocarles el estigma de ser los monstruos, los que asesinan y causan todos los males.

Lo que llama nuestra atención siempre que pensamos en esta figura del mal es el personaje violento, cruel, despiadado, que disfruta hacer actos malignos en contra de quien sea. En el acto lleva la intención de provocar la destrucción de quien se interponga en su camino. Por lo general pensamos en personajes que ansían todo el poder posible, riquezas desmedidas y además producir miedo en los que puedan poner en juego su poder. Hay muchos ejemplos de estos sujetos no sólo en la vida real sino también en la literatura clásica. Macbeth, Ricardo III, Iago, etcétera.

Al colocar estos atributos a los otros se produce una sensación de haberse liberado del mal, una cierta tranquilidad, una paz momentánea que actúa como un bálsamo para las sospechas de que existe una responsabilidad compartida en este proceso.

Pero si somos honestos y buscamos una cierta verdad histórica y seguimos los imperativos categóricos de nuestra conciencia moral, debemos reconocer que el mal no nos es ajeno. Convive con nosotros y dentro de nosotros como un invitado incómodo desde siempre.

Pero una vez más Sichére nos plantea una pregunta que nos seguimos haciendo a principios de siglo XXI: ¿cuáles son los recursos simbólicos que nos permiten abordar la cuestión del mal y afrontarla como maldad subjetiva y como ese algo extraño e inquietante que anida en el corazón del ser? (1997:202).

Banalidad del mal en tierras mexicanas

El concepto del mal banal se refiere a esos seres malignos capaces de cometer acciones criminales a partir de obedecer órdenes o cumplir con su trabajo de manera mecánica y sin tomar conciencia de las implicaciones que tiene su conducta. Sujetos que si bien pueden ser igualmente destructivos y devastadores de miles o millones de vidas humanas no se ven a sí mismos como malos. Hannah Arendt (2012)

nos dibujó el retrato de estos seres que carecen de una conciencia moral. No se hacen responsables de sus actos, olvidan fácilmente las consecuencias de los mismos y en algunos casos piensan que hicieron lo correcto.

Günther Anders (2004) hablaba también del efecto supraliminal de algunas acciones que tienen resultados tan desastrosos para muchas vidas humanas, pero por el hecho de que son tan grandes las consecuencias no se pueden o no se quieren ver. Por ejemplo, los pilotos estadounidenses que dejaron caer las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki, o los ingenieros que deciden poner menos varillas a las columnas de su edificio y en algún momento éste se derrumba, etcétera.

En nuestros tiempos el mal más peligroso y perjudicial está corporizado en este tipo de personajes que no sólo no se ven a sí mismos como portadores de malas intenciones, sino que quieren aparecer como figuras respetables que buscan el bienestar general, aunque si vemos las consecuencias de sus actos son los autores de muchos de los males que padecemos en nuestros días. Pensemos en los políticos, empresarios y grupos de poder que conducen las riendas de nuestro país, pensemos en los agravios que han realizado en términos de generar pobreza, inseguridad, impunidad y corrupción y otras consecuencias que son enmascaradas como acciones legítimas y legales.

En este sentido, es importante que nos coloquemos en estos escenarios de la producción de males sociales como parte del problema. ¿Somos en parte responsables de que estos actores sociales lleven a cabo sus acciones bajo el supuesto de que estamos de acuerdo?, ¿hemos votado por ellos en un aparente proceso democrático y con ello los hemos autorizado para hablar y actuar en nuestro nombre?

Desde este análisis, la noción de responsabilidad social cobra una mayor relevancia en nuestros días, a partir de que ya no sólo estamos hablando de que el mal está localizado en algunos seres viles que hay que condenar como los únicos responsables de las tragedias que acontecen en nuestro país. Todos somos parte de un juego perverso en el que de una manera u otra, por acción u omisión, nos toca una parte de responsabilidad en el desfondamiento de los valores y de la debacle de la moral.

Ciertamente, las normas de convivencia intervienen como freno a muchos de los impulsos que nos llevarían casi naturalmente a realizar acciones sancionadas por la ley o consideradas indeseables. La existencia de un árbitro que en muchas ocasiones ocupa el Estado como garante de la armonía colectiva es sin duda una de las razones que hacen posible una cierta paz social. En el caso de nuestro país este actor no siempre cuenta con una cierta legitimidad ante sus sometidos y regulados, entonces el margen de acción para cometer actos de corrupción y delitos se amplía sin que sean vistos como actos negativos.

Lo más grave ocurre en realidad a partir de que los actores políticos construyen explícita o implícitamente una pedagogía de permisividad de acciones delictivas en ciertos sectores de sus representados o gobernados, ya que son ellos los primeros en romper las reglas.

Cuando el mal aparece como una acción regulada por los usos y costumbres deja de ser visto como tal y entonces surge un escenario propicio para la devastación de los valores y normas sociales, situación que Dejours (2013) plantea como la banalización de la injusticia social.

Llegado a este punto considero oportuno hacer una recapitulación de lo anteriormente expuesto: el mal radical (Arendt, 2007) se vive como una acción desproporcionada que compromete no sólo a los valores fundamentales de la vida misma, de los derechos humanos elementales, sino que pone en riesgo el equilibrio de una sociedad que tiene que responder ante la presencia de este tipo de acciones.

La naturaleza humana ha sido puesta en el microscopio por muchos años pero lo que se puede decir a manera de actualización de los rasgos de nuestra sociedad y cultura es que se ha transitado de una proyección del mal hacia afuera, a una mayor visibilidad de nuestra propia responsabilidad. En suma, esta reflexión no pretende oscurecer los graves problemas que estamos viviendo en nuestro país a raíz del despliegue incontrolable de altos niveles de violencia, corrupción, impunidad. Estamos en medio de una catástrofe que día a día nos rebasa y nos coloca en una situación de indefensión sin precedentes.

Para algunos, el origen es la pobreza; para otros, la impunidad, o tal vez el poder corruptor del dinero, lo que explica este teatro de la crueldad sin freno. No sabemos si podemos señalar que las causas de este deterioro de la vida social se relacionen con una o varias de las

variables señaladas. Tal vez habrá que sumar todas las posibles causas y decir que actúan simultáneamente para producir esta pesadilla que nos habita desde hace varios años.

Lo cierto es que la violencia, la crueldad, la descomposición y fragmentación de todos los valores que suponíamos regulaban la paz social están a su máxima expresión, lo que ha impactado de tal forma a la sociedad civil que ésta se encuentra todavía en un estado de parálisis, de estupefacción, que le impide emprender alguna acción para combatir este problema.

La pregunta inevitable es: ¿los asesinos de nuestro tiempo, sobre todo los capos, sicarios, policías, militares y funcionarios corruptos ligados al crimen organizado son personas que carecen de la capacidad de pensar sobre las consecuencias de sus actos?, ¿son seres que se asumen a sí mismos como seres infames que se responsabilizan de sus acciones desde una condición de malvados?, ¿o son seres sin ética, a quienes no les importa lo que pueda suceder a los otros?

Una posible respuesta nos la proporciona Safranski:

El aspecto perturbador de lo salvaje no es su salvajismo, sino un mutismo que rechaza todo sentido. El territorio salvaje susurra al hombre, en forma sobrecogedora, que no tiene nada que decirle [...] Si el territorio salvaje tiene algo que decir, su mensaje es: ¡haz lo que quieras, no tendrá significación alguna! (2013:190).

¿Qué podemos esperar de una reflexión filosófica sobre la naturaleza del mal? Tal vez esta tarea no nos permita encontrar salidas de esta tragedia que estamos viviendo, pero nos puede ayudar a tomar una cierta distancia que nos haga ver que no basta con denunciar y señalar a los responsables de esta situación. ¿Para qué esforzarnos en denunciar a los criminales si no hay sentido de justicia ni un árbitro que pueda responder y aplicar sanciones y castigos?, ¿desde qué moral social se hacen los simulacros de que se aplica la ley en nuestro país?

Quedan muchas preguntas por hacer y más allá de que en algún momento logremos abatir esta terrible situación de violencia que hoy padecemos sirios y troyanos habrá que pensar qué tanto hemos permitido que esto suceda. No estamos hablando de la corres-

pensabilidad de las autoridades ya que sabemos que con sus acciones y omisiones han propiciado este clima de violencia, hablamos de lo que nosotros hemos permitido y de la responsabilidad que nos corresponde asumir en pautas de comportamiento y representación que de alguna manera hacen posible acciones u omisiones que reproducen lo indeseable, perverso o maligno. Empecemos por cuestionar los propios imaginarios sociales que pueblan nuestra cotidianidad y que están marcados por lo que hemos sido capaces de tolerar a lo largo de décadas en las que se han perpetuado gobiernos ineficaces, corruptos, surgidos de acciones fraudulentas. ¿En donde tendríamos que colocarnos para asumir nuestra propia responsabilidad en la situación que estamos viviendo en estos tiempos?

Referencias

- Anders, Günther (2004). “Tesis sobre la era atómica”, *Revista Artefacto*, Pensamiento sobre técnica. Buenos Aires.
- Aguayo, Sergio (2015). *De Tlatelolco a Ayotzinapa. Las violencias del Estado*. México: Editorial Ink.
- Arendt, Hannah (2007). *Responsabilidad y juicio*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- (1990). *Hombres en tiempos de oscuridad*. Barcelona: Gedisa. Colección Esquinas.
- (2005). *La condición humana*. Madrid: Paidós. Surcos 15.
- (2012). *Eichmann y el Holocausto*. México: Taurus.
- Bernstein, Richard (2006). *El mal radical*. Buenos Aires: Lilmond.
- Buscaglia, Edgardo (2013). *Vacios de poder en México*. México: Random House Mondadori.
- Dejours, Christoph (2013). *La banalización de la injusticia social*. Buenos Aires: Editorial Topía.
- Dresser, Denise (2011). *El país de uno. Reflexiones para entender y cambiar a México*. México: Ediciones Aguilar.
- Freud, Sigmund (2006). *El malestar en la cultura*. México: Alianza Editorial.
- Kant, Immanuel (1972). *La religión dentro de los límites de la mera razón*. Madrid: Alianza.
- (2002). *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Madrid: Alianza Editorial.

- Meyer, Lorenzo (2013). *Nuestra tragedia persistente. La democracia autoritaria en México*. México: Random House Mondadori.
- Nietzsche, Friedrich (1972). *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza Editorial.
- Pérez, Ana Lilia (2014). *Mares de Cocaína. Las rutas náuticas del narcotráfico*. México: Grijalbo.
- Rodríguez Castañeda, Rafael (2011). *Los rostros del narco*. México: Editorial Planeta.
- Safranski, Rüdiger (2013). *El mal o el drama de la libertad*. México: Tusquets.
- Sichére, Bernard (1997). *Historias del mal*. Barcelona: Gedisa.
- The World Post* (2015). “11 cifras para entender la violencia que sacude México”, Nueva York: *The Huffington Post*/Berggruen Institute, 8 de noviembre.